

La proyección final de existencialismo El in-sistencialismo

Valoración de la filosofía existencial a través
de sus últimas exigencias

ISMAEL QUILES

Facultades de Filosofía y Teología, San Miguel

Es posible la hipótesis de que, de haber tenido otros antecedentes, la filosofía occidental hubiese corrido por cauces diversos, y habríamos pensado la misma realidad humana con otros horizontes. La conciencia de este parcelamiento unilateral e inevitable del pensar humano ha obligado muchas veces a los filósofos que toman plena conciencia de nuestra limitación conceptual, a intentar rehacer desde su principio el camino del filosofar. Esto nos está sucediendo ahora a propósito de la palabra "existencia" y del concepto que ella nos sugiere.

Por de pronto es fácil comprobar que una gran parte de los existencialistas siguen manejando el término "existencia" en el mismo sentido de la metafísica clásica, es decir, como relativo de "esencia" en cuanto indica "la actualización de la esencia". El binomio "esencia-existencia" está así, expreso o latente, en el moderno existencialismo, como en la metafísica de todo el Occidente. Pero cuando pensamos la realidad con esa dicotomía, ¿no estaremos ya introduciendo en ella una duplicidad proyectada prematuramente por nuestros conceptos?

Otro de los inconvenientes que la palabra "existencia" ha traído a la filosofía, y especialmente al existencialismo, proviene de su misma etimología: "*ex-sistere*" es siempre interpretado como "*sistere extra*", "estar fuera". Así concebimos lo existente, como aquello que *ha salido de* algo (sea la causa, sea el mundo de lo posible o de las esencias) y que está manteniéndose o mantenido *fuera de ello*: "*ex-sistit*". Sea bajo la influencia de este significado etimológico de "*ex-sistir*",

sea por otros motivos, lo cierto es que en el caso del hombre, su realidad ha sido frecuentemente estudiada por algunos autores en la dirección etimológica de *ex-sistencia*, es decir, como proyección *hacia fuera* como el *estar puesto fuera de*; así nos lo pintan los rasgos esenciales con que nos describen la existencia humana casi todos los existencialistas; “estar-en-el-mundo”, pero no como quiera, sino estar “arrojado”, “lanzado”, “abandonado” en el mundo; este sentimiento de arrojamiento y de abandono en que nos encontramos, es la raíz primera del sentimiento de la angustia, que suele ser el centro de la analítica existencial humana.

Pero al pensar la realidad humana a través de este prisma de la “existencia” sólo se la considera en una determinada fase, y nuevamente estamos en el peligro de creer que, en la llamada experiencia o análisis existencial, estamos encerrando *el verdadero e íntegro ser del hombre*, y de reducir todos sus aspectos al que nos descubre el prisma de nuestra concepción *ex-sistencial*.

Heidegger en su *Carta sobre el humanismo* se plantea precisamente este problema e intenta descubrir ese “algo” previo a la relación, esencia y existencia. “La diferencia —oculta en cuanto a su origen— de *essentia* (esencialidad) y *existentia* (actualidad), domina el destino de la historia occidental y de toda la historia determinada por Europa. La frase capital existencia con respecto a la esencia justifica, sin embargo, el nombre de “existencialismo” como título adecuado a esta filosofía”. “Pero la frase capital del “existencialismo” no tiene nada, ni en lo más mínimo, en común con la frase de *Sein und Zeit*; aparte del hecho de que en *Sein und Zeit* no puede ser pronunciada una frase sobre la relación entre *essentia* y *existentia*, pues se trata allí de aclarar y preparar algo previo”.

Resumiendo el pensamiento de Heidegger, podríamos decir que para él ese “algo previo” es lo que llama la *ec-sistencia*; en ésta consiste el ser del hombre, como algo absoluto y anterior respecto de la existencia considerada como acto de la esencia. “*Ec-sistencia* es estar fuera de sí mismo como “lanzado” por el propio ser en la verdad del ser, para que *ec-sistiendo* de esa suerte a la luz del ser aparezca el ente como el ente que es”¹.

En primer lugar parece negar Heidegger que esa “verdad del ser”

¹ *Carta sobre el humanismo*, trad. por A. Wagner de Reyna. Rev. *Realidad*, Buenos Aires, 1948, I, págs. 16 y 17.

hacia la cual es “lanzado” el hombre, sea el fundamento del hombre y del mundo (diríamos el fundamento de toda realidad y de todo ente).

En segundo lugar también resulta extraño, y aún cierto contrasentido, el afirmar que el hombre —y hay que notar que hablamos del *hombre concreto e individual: el Dasein*— para ser su verdadera y propia substancia, para adquirir su “ec-sistencia”, ha de “estar fuera de sí mismo como “lanzado” por el propio ser en la verdad del ser”. ¿No es un contrasentido que el hombre para ser *su* substancia haya de “salir de sí” y estar “fuera de sí”, y por lo tanto en lo que no es “sí” sino “otro” respecto del hombre?

Estas insinuaciones, que podrían fácilmente desarrollarse con mayor profundidad, muestran cómo la *ec-sistencia* (estar fuera) no puede darnos —al menos por sí sola— la última substancia del hombre. Estamos, pues, obligados a dirigir por otro camino nuestra investigación. Y este camino ya nos lo está indicando el hecho mismo de que la pura *ec-sistencia*, el “estar afuera de sí”, la exterioridad a sí mismo, haya resultado insuficiente como expresión del ser del hombre. Pero además hay otro conjunto de flechas indicadoras de la ruta que debemos seguir: nuestras íntimas experiencias, las más vitales y las más características del “hombre-individuo”, el amor y el odio, la angustia y la dicha, la esperanza y el temor, la sensación de ser, de vivir y de saber, y de gozar y de hacer el bien o el mal, todo eso que es el hombre, tienen una misma, invariable dirección, fundamentalmente *egocéntrica*. Egocentrismo humano, que no es precisamente *egoísmo*, sino un ordenado y equilibrado instinto del ser *individual* hacia la conservación y perfeccionamiento de *su propio ser*. La misma filosofía existencial, al poner el problema del hombre concreto e individual en el centro de la preocupación filosófica, no hace más que confesar ese egocentrismo necesario y esencial del individuo humano.

Resulta así que la última dirección del hombre no es “hacia afuera” sino “hacia dentro”, no es *ec-sistere*, sino *in-sistere*. Es cierto que la primera fase del ser del hombre es la *existencia*, en el sentido clásico: *esse extra causam*. El hombre se siente arrojado en el mundo (estar-abandonado-lanzado-en-el-mundo), como echado fuera de su principio; es un *ex-sistente*; pero no es un *ex-sistente* como quiera, no está ahí simplemente como un puro existente, como está la piedra, o la planta, o el caballo, perdidos en la exterioridad del contorno exterior que los rodea, empujados siempre como *desde afuera*; el hombre

de tal manera es existente (está fuera de su principio), y de tal manera está “fuera de sí mismo” (ec-sistente en el mundo que lo envuelve), que puede recuperarse a sí mismo, puede ser “yo” frente al mundo exterior, puede “ensimismarse”; más aún, su esencia sólo se cumple cuando entra dentro de sí mismo, se recupera o toma posesión de su yo, por una interiorización, por un *intus-sistere*, o un *in-sistere* en sí mismo. La diferencia básica entre el hombre y el irracional es que éste está dirigido, simple y necesariamente “hacia afuera”, mientras que el hombre está dirigido “hacia afuera” pero para ser más *hacia dentro*, para poder afirmar su “yo” frente al mundo.

Sin embargo, esta interiorización del hombre en sí mismo hacia su verdadero ser, tiene un desenlace paradójico. Efectivamente, cuando el hombre, de vuelta del mundo exterior, entra en sí por la vía de la “in-sistencia”, y se reconoce y toma posesión de sí mismo, recobrando lo que podríamos llamar su “auténtica existencia”, *es precisamente cuando toma conciencia de la contingencia de su propio ser*: de esa intersección en su ser de la libertad que le habla de infinitud y de la limitación e insuficiencia de sus posibilidades que le habla de finitud; y surge en él la angustia de la radical insuficiencia de sí mismo, y de sentirse suspendido en medio de la nada que amenaza su ser. Y es entonces cuando, falto de fundamento al tocar lo más profundo de su ser, ha de seguir todavía ahondando *hasta encontrar el fundamento en que se apoya su radical insuficiencia*. Esta es la trayectoria y este es el final del viaje de la insistencia humana: hallar su fundamento, al que lo dirige su interiorización; al que lo impele su ser mismo, que no se puede aquietar en la angustia y en la insuficiencia. Habrá que determinar por ulteriores análisis los caracteres de este fundamento; pero hay uno que necesariamente aparece desde que se le encuentra: es *absoluto*.

Si la esencia del hombre es “in-sistir”, la esencia del Fundamento absoluto no puede ser “in-sistir” (estar en otro) sino *sistere*, estar o ser simplemente en sí mismo; diríamos que el Fundamento en que el hombre ha de in-sistir es *Sistencia* absoluta.

Esta concepción del verdadero ec-stasis del hombre, más como una *insistencia* (“ser-en”, por la interiorización) que como una *ex-sistencia* (“ser afuera”) ha sido precisamente el camino o la intuición o la experiencia íntima de aquellos hombres que han vivido más honda y angustiadamente la búsqueda y el hallazgo de la esencia del

hombre. Tales son los místicos y especialmente los místicos cristianos, como acertadamente comprobó Bergson¹.

Ahora bien, es sabido que los grandes místicos cristianos tienen sus encuentros con Dios, sus *ec-stasis* (quedan fuera de sí) por el camino y en los momentos *del máximo recogimiento interior y abstracción de las cosas exteriores*; no por lo que podríamos llamar existencia, sino por la in-sistencia; con la particularidad de que el *éc-stasis* (arrobamiento y quedar fuera de sí) es considerado como el grado de máxima interiorización (= in-sistencia), porque es un salir de sí entrando más adentro de sí que el "yo" mismo. San Agustín es a la vez el místico y el filósofo que ha descrito más vivamente esta realidad del ser del hombre: Dios es más interior a mí que yo mismo: *interior intimo meo*.

Pero aun fuera del cristianismo las experiencias del *éc-stasis* como ideal supremo del hombre, pero por la máxima interiorización (*in-sistencia*), son del todo coincidentes. Las emocionadas descripciones que Plotino traza del *ec-stasis* en que el alma llega a "estar en" el Uno y la urgencia con que reclama el renunciamiento de todo lo exterior, para contemplar en lo más interior del alma esa presencia de Dios han servido sin duda de inspiración a más de una página agustiniana, y sus frases son moldes que ha usado frecuentemente la mística cristiana para explicar sus propias experiencias².

Tal es a nuestro parecer la máxima expresión de la esencia del hombre: *in-sistencia*, y tanto más perfectamente hombre, cuanto más *in-sistencia*, cuanto más esté *en-su-Fundamento*. La realidad del hombre es "ex-sistir", "estar fuera de su causa, de su principio, de su Fundamento, y si no ex-siste, no es; pero esta realidad es como "condición", como paso previo o primera fase de su ser; su más íntima y definitiva realidad, es "in-sistir" "estar-en" su Fundamento, del cual esté dependiendo en todo su ser y *en-el-cual* solamente puede ser *su ser*. Nuevamente nos viene a la memoria un esquema neoplatónico, pero que el cristianismo adoptó, purificándolo del ambiente panteísta: podríamos distinguir en toda la realidad que no es Dios un *ex-sistere* (= salir afuera de Dios), y un *in-sistere* (= volver a *estar-en-Dios*), representando esta segunda fase la suprema y esencial perfección de

¹ *Les deux sources de la moral et de la religion*, Alcan, Paris, 1932, p. 243.

² Debe citarse a este respecto sobre todo el célebre tratado 9 de la *Enéada VI, El Bien o el Uno*. También es de sumo interés el tratado 6 de la *Enéada I, Sobre lo Bello*.

los seres: el neoplatonismo habla de la *emanación* de los seres por procedencia del Primer Principio, y del *retorno* de los seres a su Primer Principio; el cristianismo habla de la *creación* de los seres por Dios, y de la *dependencia y ordenamiento total* de los seres a Dios como a su *último fin*¹.

Precisado así el ser del hombre, debe darnos la explicación de sus experiencias y de sus problemas. Explicación que será a la vez la piedra de toque por la que podremos comprobar que la *in-sistencia* es la raíz misma del ser humano. En ella se ven iluminados la esencia del hombre y del ser en general, el problema del conocimiento y del mundo, el problema de Dios y de la moral, y otros problemas cruciales de la metafísica, como el de la trascendencia e inmanencia, según intentamos declarar en otro trabajo.

¹ No es otro el panorama de la misma *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino. "Este plan, dice un buen expositor, es tan natural y lógico, como grandioso y profundo. En un primer cuadro presenta la serie de los seres *descendiendo de Dios*, como de su manantial; en el segundo cuadro presenta los seres *remontándose hacia Dios*, su último fin". (RIBET, *La clef de la Somme Theologique de Saint Thomas d'Aquin*, París, 1883, págs. 26 y 27). Como se ve es claramente el esquema neoplatónico, y responde a las dos fases *ex-sistencia* e *in-sistencia*.